Prólogo

Las últimas décadas han visto un incremento sin precedentes de los contactos con Asia desde Latinoamérica. El fenómeno va más allá de la macroeconomía, el comercio global o el desarrollo tecnológico. Mientras escribo estas líneas, la rutina física de un creciente número de personas en los grandes centros urbanos latinoamericanos, sobre todo mujeres de clase media, incluye la ejecución de secuencias aeróbicas definidas como "yoga"; en las cafeterías de moda se reúnen adolescentes (mi hija incluida) para beber "auténtico" té taiwanés con tapioca e intercambiar mangas japoneses y cromos de cantantes *k-pop*; los festivales escolares añaden coreografías de Bollywood a su repertorio y las academias de danza experimentan fusionando ritmos "orientales" y locales; en los barrios de la capital mexicana, los altares dedicados a la Santa Muerte incorporan pequeñas imágenes de Kālī, la diosa terrible del hinduismo; un colega en Argentina publica la primera traducción al español de una obra clásica budista directamente del pali; los flujos migratorios en ambas direcciones, tanto forzados como voluntarios, se multiplican año con año; la prensa alerta sobre la presencia de células terroristas "árabes" que buscan llegar a Estados Unidos desde México y el mensaje es replicado con los típicos estigmas hacia el islam; se anuncia una nueva ruta aérea por el Pacífico que permite viajar sin escalas a Asia, y sin más, "Oriente" vuelve a ser nuestro "Occidente".

Hispanoamérica_imprenta_061123.indb 11 06/11/2023 12:01:10 p. m.

Es un hecho que la pandemia aceleró esta presencia plural. Vivir la misma causa de desasosiego en todas partes al mismo tiempo fue como si de pronto el planeta se hubiera contraído; una sensación tangible sobre todo respecto a regiones que, desde nuestra perspectiva, suelen considerarse remotas, tanto en términos geográficos como culturales y simbólicos. De manera paradójica y debido al propio carácter global del fenómeno, ese mundo inesperadamente más pequeño se volvió también más grande y diverso, pues sin más nos vimos expuestos a un número inusual de reportes e imágenes provenientes de regiones con las que asumimos tener poco en común, entre ellas, el "Oriente". Ante nuestros ojos desfilaron las especulaciones sobre el origen de la pandemia en China, con todos los estigmas asociados; las respuestas oportunas y disciplinadas de Corea del Sur, Japón, Vietnam o Singapur; la tragedia en India, y un largo etcétera. Esta cascada de información profundizó la sensación de un mundo más vasto dentro de uno repentinamente más pequeño y, en ese contexto, fueron reciclados viejos estereotipos, pero también se gestaron nuevas representaciones. Asia fue un espejo nítido en el que aparecieron similitudes y paralelos, pero también uno opaco, dominado por la excentricidad y la desemejanza.

En todo caso, ya sea en la identidad o en la diferencia, este inusitado cúmulo de interacciones ha planteado nuevas interrogantes sobre la manera en la que concebimos al "otro oriental", incluso sobre la pertinencia de las categorías Occidente-Oriente —de hecho, no faltaron las sesudas disquisiciones filosóficas sobre los modos "oriental" y "occidental" de enfrentar la pandemia—. Más importante aún, la necesidad de entendimiento mutuo parece ser impostergable, en especial, a sabiendas de que las culturas asiáticas serán una realidad cada vez más presente en nuestra vida, con todos los retos que ello supondrá.

Ahora bien, lo que aparenta ser novedoso posee en realidad una historia; por ende, recuperar esa memoria desempeña un papel central en la construcción y renovación de dicho entendimiento. En realidad, el acelerado encuentro con Asia de los últimos años es un nuevo ramaje, sin duda frondoso, de un árbol antiguo. En esta coyuntura, me parece un gran acierto que la UNAM publique una obra que nos acerca a ese árbol revelando un episodio decisivo de los encuentros reales y simbólicos con

Asia desde Hispanoamérica: el *momentum orientalis*, como llama elocuentemente el libro al periodo entre las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Por lo dicho apenas, *Hispanoamérica, Filipinas y las culturas de Asia…* constituye una guía esencial hacia un pasado que puede, al mismo tiempo, arrojar luz sobre el presente y el futuro. Su autor, Axel Gasquet, es un precursor y una autoridad en el estudio del orientalismo hispanoamericano.

Hace ya poco más de medio siglo, las reflexiones pioneras de Raymond Schwab en *La renaissance orientale* (1950) y de Edward Said en *Orientalism* (1978) nos enseñaron que "Oriente" es una categoría proyectada sobre las culturas asiáticas para designar, más que un espacio geográfico, un espacio simbólico en cuya construcción participa siempre el sujeto de enunciación. Sin negar la centralidad del sujeto de enunciación europeo en ese proceso, estudios más recientes han señalado que los patrones de representación de lo "oriental" no son homogéneos ni se reducen a la visión colonialista europea.

En relación con la propia historia de las representaciones colonialistas de las culturas asiáticas, se ha señalado, por ejemplo, que lejos de ser agentes pasivos, tales culturas a menudo participaron activamente en la construcción de una imagen "orientalista" de sí mismas y, en esa medida, dieron pie a patrones de intercambio más complejos de lo que se creía (ver, entre muchos otros, Inden, 1990; King, 1999; Warraq, 2007).

En esta misma línea, las últimas décadas han sido testigo de un interés por las representaciones de lo "oriental" al margen del eje dominante de intercambio entre el Occidente europeo y Asia, entre ellas, las representaciones gestadas en el horizonte intelectual hispanoamericano. Al respecto, la pregunta recurrente ha sido si el "Oriente" de los hispanoamericanos es similar al que históricamente ha imaginado Europa; si el orientalismo hispanoamericano se reduce a una imitación de patrones hegemónicos o si presenta diferencias y ofrece, por ejemplo, una mirada más horizontal, conforme a una lógica propia.

Variadas razones apuntan a esto último. Entre ellas, pueden mencionarse los siglos de intercambios directos Asia-Hispanoamérica a través del Pacífico; la condición compartida de haber sido regiones colonizadas y, en consecuencia, una historia de encuentros al margen de una voluntad

de expansión o dominación; aspiraciones comunes de progreso por la ruta civilizatoria modélica y, al mismo tiempo, una búsqueda constante de identidad en las propias raíces; una relación ambigua, a veces traumática, entre un futuro cosmopolita y un pasado marginal. Trasladado al análisis, este conjunto de factores ha derivado en modelos de representación configurados por motivos europeos y locales, jerárquicos y transversales, así como en variados cuestionamientos sobre la pertinencia de la noción misma de orientalismo.

Los diversos frutos conceptuales que ha arrojado este esfuerzo investigativo desde Hispanoamérica indican un notable grado de madurez y confirman la relevancia de dichos estudios en el futuro inmediato. Al respecto, viene a la mente la formulación de un orientalismo "dialógico y abierto" (Kushigian, 1991), "ecléctico y plural" (Tinajero, 2003), "no imperialista" (Gallo, 2006), "alternativo" (López-Calvo, 2007), "periférico" (Taboada, 2012), "poscolonial" (Camayd-Freixas, 2013), "desplazado y no binario" (Bergel, 2015), articulado en clave "sur-sur" (Klengel y Ortiz-Wallner, 2016).

A esta tradición plural, crítica e innovadora pertenece Axel Gasquet con su concepto de "Oriente al Sur", plasmado en publicaciones previas, y de manera notable en el libro homónimo de 2007, así como en *El llamado de Oriente* (2015). El presente volumen ofrece una versión acabada de tales indagaciones y, con ese fin, reúne trabajos previos, revisados y presentados desde una perspectiva continental y transpacífica (el lector puede hallar los antecedentes en la carátula de cada capítulo). Esta perspectiva amplia tiene como epicentros culturales, en los extremos norte y sur de Hispanoamérica, a México y Argentina; comprende asimismo la situación peculiar de Filipinas en tanto expresión de una Asia hispana; se nutre de un amplio repertorio de testimonios —literarios, ensayísticos, filosóficos, traducciones, documentos personales, etc.—; examina representaciones de las cuatro grandes culturas asiáticas —la árabe, la china, la japonesa y la india—, y echa mano de diversos recursos teóricos sobre el fundamento de la historia cultural.

Con todo ello, Axel Gasquet delinea, a partir de sus casos particulares, los principales vectores del orientalismo hispanoamericano en su conjunto: la filosofía positivista, la estética modernista, los anhelos de una

espiritualidad diferente, el pacifismo, entre otros. Y viceversa, a partir de estas coordenadas generales, nos cuenta historias particulares y descubre matices únicos, todos dignos de interés tanto por sí mismos como por sus implicaciones; bien se trate del viaje a Japón del intelectual mexicano Francisco Bulnes o, en la dirección opuesta, del viaje a México del filipino Jesús Balmori; del influjo arabesco en la poética de Lugones o del proceso de recepción de clásicos orientales como las *Rubaiyat* y *Las mil y una noches*; de la huella persistente del budismo o de los esfuerzos academicistas de Vicente Fatone, por mencionar solo algunos de los casos estudiados.

En ambos sentidos, el libro descubre una presencia sutil y paradójicamente ubicua, a la vez disimulada e ininterrumpida. La huella de Asia es como un "manantial subterráneo" que, no obstante, aflora siempre, afirma Gasquet. Incluso las expresiones de antiorientalismo, también vislumbradas en el libro, confirman la relevancia de esta fuente secreta de vitalidad para la cultura hispanoamericana de entre siglos.

Así pues, ante nosotros emerge un horizonte de identidad, afirmación y creatividad más vasto. A nuestro diálogo histórico con la hispanidad y la civilización europea, o hacia adentro con las culturas autóctonas y el indigenismo, se suma un añejo flujo de intercambio con las culturas asiáticas, concebidas también como un factor de configuración de nuestro imaginario cultural, social y político.

Al respecto, la constante parece ser una dependencia hacia la matriz europea de representación orientalista y, al mismo tiempo, un esfuerzo desigual pero sostenido para encontrarnos con Asia al margen de dicha matriz, por lo general, en busca de una modernidad alternativa más afín a nuestras circunstancias y dinámicas. El orientalismo hispanoamericano de entre siglos pudo ser exotista y recrear patrones verticales, pero también distintivamente comprensivo y horizontal. De este modo, Gasquet establece un parámetro útil para explorar otros casos en el mismo periodo, otras latitudes en el horizonte hispanoamericano y, por supuesto, épocas subsecuentes —del periodo de entreguerras a los años de la contracultura, de la era global al mundo postpandemia—, concebidas precisamente como nuevos ramajes de un antiguo árbol.

A la luz de su potencial alcance, la ruta que traza *Hispanoamérica, Filipinas y las culturas de Asia…* constituye una herramienta cardinal para

comprender al otro asiático, al tiempo que ofrece, según el principio de reversibilidad inherente a todo imaginario orientalista, una vía de autoconocimiento. Hay aquí una gran promesa y, desde luego, un enorme desafío. Ambas cosas, promesa y desafío, tienen que ver con la posibilidad de superar las visiones simplistas o normativas en el interés de evitar los extremos de la discrepancia absoluta y la hibridación superficial, y abonar en cambio a una resignificación positiva y edificante —que no subestima el peso de la historia ni se limita al oportunismo económico— de nuestra compleja relación con las culturas no solo asiáticas sino del mundo: *al norte y al sur*.

Esta obra se suma, pues, a los aportes, también pioneros, que desde la UNAM han hecho especialistas como Hernán G. H. Taboada, José Ricardo Chaves o Elsa Cross. Por la proyección que la UNAM dará a su mensaje, el libro está llamado a convertirse en un punto obligado de entrada y, a la vez, en un incentivo para reflexiones similares. No me resta más que agradecer el acierto tanto al Programa Universitario de Estudios sobre Asia y África como al Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, en especial a sus directores, respectivamente la doctora Alicia Girón y el doctor Fernando Lozano, y a sus departamentos de Publicaciones.

Óscar Figueroa